

ble; eso sí, doctor, eso lo espero, eso es todo lo que le pido. Yo creí que mi hija se salvaría de ese estigma fatal de la familia de su madre y la hice viajar y la he instruido: háblele usted, en consecuencia. Ya que no pueda ser el médico que cura, sea usted, al menos, el sacerdote que consuela.

¿Cómo olvidar aquella tarde plácida y serena? ¿Cómo no recordar aquella figura no soñada, a tal extremo impresa en mi retina que aún hoy, cuando cerrando los ojos evoca mi memoria, se me presenta como entonces la ví?

Alta, morena, delgada mas no flaca, de ojos inmensos, de sereno mirar, de diminuta boca que plegaba una triste sonrisa, de mano breve y de piel exangüe y transparente, se apareció a mis ojos cubierta con lujosa bata granate de *crispón*, adornada con encajes y gasas. La negra cabellera rizada, rodeando su frente como marco de ébano, hacía destacar en las mejillas el carmín de la fiebre.

¡Pobre niña! ¡Pobre planta agostada en plena florescencia!

Brotó la simpatía entre nosotros como surge el relámpago en las nubes. El condesonrió satisfecho y al poco tiempo nos dejó en la terraza charlando como amigos antiguos.

—¡Bah!—me dijo la joven haciendo un

precioso mohín—Mi enfermedad es poca cosa: rebelde, sí; pero ahora me siento fuerte y animosa en este rincón encantado de un verdadero paraíso. ¡Usted con sus consejos y su ciencia me devolverá la salud perdida! ¿Qué hermosa es la salud, verdad? Seis meses llevo de suplicio constante; medicina, inyección, a casa tempranito, ni bailes, ni teatros. ¡Qué insoportable es el maestro de usted... y cuánto le quiero a pesar de todo! Me

ha prometido que aquí me pondría sana y robusta como esas muchachotas de piel curtida por el viento y el sol, que se levantan con la aurora y cruzan estos campos ágiles como corzas. ¿También usted me lo asegura? Bueno, confío en su palabra. ¡Estar sana... que dicha! ¡Si usted supiera! He tenido mis desalientos, mis horas de desmayo: he creído que iba a morir; he soñado que me veía envuelta en un vestido blanco, fría, inerte, cubierta



... quedé con la mirada fija en el espacio, cual si ante ella flotara la visión de la dicha soñada

de azahares y rosas, regada por lágrimas ardientes de mi padre, aunque yo no quería morir, no; no quería. La existencia es muy dulce y muy amable. ¡Sería una injusticia del cielo malograr una vida apenas comenzada!

Después de un breve silencio, durante el que parecía reflexionar, añadió dulcemente:

—Yo no he gustado eso que debe ser placer extraño, razón y finalidad de la vi-